

REFLEXIONES SOBRE LA INDIA DE NUESTROS TIEMPOS

MIGUEL S. WIONCZEK

*Programa de Energéticos
El Colegio de México*

DE NINGUNA MANERA PRETENDO SER UN EXPERTO sobre la India y de hecho conozco a muy pocos, entre los intelectuales y los científicos sociales de nuestra parte del mundo. La India más que un país, una sociedad o un Estado, constituye un mundo tanto en términos históricos como socio-culturales y políticos.

No es casual, de acuerdo con especialistas en la materia, que la historia económica de ese país empiece alrededor del año 1200. También sería un grave error suponer que la historia política de la India se inicia en 1947, año en que los británicos se retiran del Asia meridional, al terminar la Segunda Guerra Mundial. Además de que el Partido del Congreso fue establecido a fines del siglo XIX, es decir, alrededor de medio siglo antes de la declaración de la Independencia de la India, es poco factible entender la evolución política de este país sin remontarse a la Rebelión India de 1857, explosión político-social de extrema violencia que, curiosamente, siguió los intentos parcialmente exitosos del Imperio Británico, en el sentido de penetrar y transformar a la sociedad rural en su colonia más grande y más rica.

No sería posible dividir la problemática de la India de nuestros días, como lo hacen muchos expertos tanto indios como extranjeros, en las partes que se prestan al análisis uni-disciplinario-económico, político, sociológico, demográfico o de antropología cultural. Los resultados de tales ejercicios, por más relevantes que sean, ofrecen visiones muy parciales del complicadísimo fenómeno llamado la India. Las aportaciones a nuestro conocimiento son todavía menos satisfactorios cuando se trata de profundizar, en un marco temporal estrictamente

definido, la naturaleza de la pobreza rural, la distribución del ingreso, las estrategias de desarrollo, los logros y los fracasos del proceso de industrialización y muchos otros. Si bien particularmente en la India la literatura sobre estos temas es sumamente valiosa y abundante, las conclusiones son tan poco divergentes, que dificultan la construcción de una visión integrada.

Un solo ejemplo ilustrará el dilema que enfrenta cualquier cientista social cuando intente entender la problemática básica de la India de nuestros tiempos. Tengo en mi biblioteca dos libros muy recientes que fueron publicados casi al mismo tiempo por eminentes economistas, que dedicaron mucho tiempo y esfuerzo a explicar las razones del progresivo estancamiento del proceso de industrialización en este país. Uno de los autores llegó a la conclusión de que la relativa contracción de la producción manufacturera estaba directamente relacionada con el empeoramiento secular de la distribución del ingreso y la subsecuente contracción del mercado interno. Las conclusiones del segundo estudio han sido contrarias. El autor no encontró evidencia alguna acerca del deterioro de la distribución del ingreso, deterioro que, obviamente, afectaría tanto la producción como el consumo de las manufacturas de consumo final. Aparentemente la contracción en la demanda y la producción se dio fundamentalmente en las industrias de bienes de capital. Queda a juicio de los lectores, aceptar uno de los dos diagnósticos del mismo fenómeno, que son completamente opuestos.

Sin pretender ser un experto en la problemática de la India moderna, como lo subrayo al inicio de estas notas, dicho país no es para mí completamente exótico y desconocido tanto en términos políticos como socio-económicos. Alrededor de 1950 durante mi estancia en las Naciones Unidas, tuve oportunidad de seguir la evolución de la política exterior de este país durante el conflicto indio-paquistaní sobre Cachemira, surgido a raíz de la división de la India británica. Conocí razonablemente bien a los principales actores políticos de ambos lados y, entre ellos, a los dos más cercanos colaboradores de Jawaharlal Nehru, a su ministro de defensa, Krishna Menon y a Pandit Nehru, embajadora de la India en las Naciones Uni-

das. En aquellos tiempos la todavía pequeña Secretaría de la ONU contaba con un contingente considerable de economistas y planificadores de nacionalidad india.

En 1955 publiqué en *El Trimestre Económico* un largo y detallado estudio acerca del Primer Plan Quinquenal de la India (1951-1956) bajo el supuesto de que “hay tantas similitudes entre los problemas económicos y de planificación de ese país y los de América Latina, que puede ser de utilidad para los economistas latinoamericanos observar cuidadosamente las realizaciones y dificultades del Plan Quinquenal de la India”. Entre paréntesis, cabe aclarar que el Plan de 1951-1956 constituía apenas un ordenamiento de los principales proyectos de desarrollo de los distintos sectores de la economía, elaborado por la Comisión de Planeación de la India, establecida en 1950. En la conformación de los planes quinquenales posteriores participaron como asesores dos eminentes economistas polacos, Michal Kalecki y Óscar Lange, ambos amigos míos. Finalmente en los sesenta y los setenta llegaba a mis manos con cierta regularidad la literatura india acerca de los problemas de desarrollo de aquel país.

Sin embargo, pasaron casi 20 años entre mis primeros contactos indirectos con la India y mi primera visita a ese país realizada a principios de los setenta. Las razones del retraso de mi *voyage to India*, utilizando simbólicamente el título de la famosa novela inglesa de E.M. Foster escrita entre las dos guerras mundiales, han sido en parte de orden psicológico. Al haber conocido las regiones más atrasadas de América Latina (incluyendo Haití, Bolivia y Centroamérica) y del África (Zaire, los países del Sahel y Etiopía) y haber leído con gran atención el clásico estudio de Gunnar Myrdal, *Asian Drama*, no tenía yo el valor suficiente para enfrentar la espantosa pobreza asiática en la India misma. A pesar de no haber presenciado en mi primer viaje las condiciones de vida en Bombay y en Calcuta (y es bien sabido que el nivel de pobreza masiva en las grandes ciudades de Asia Meridional es cualitativamente distinto de la pobreza rural, aun en la India) ese viaje fue tanto traumático como catártico. Al ver las condiciones de vida aun en la parte razonablemente próspera de la India (Nueva Delhi y los Estados de Haryana, Uttar Pradesh, Rajastán y Pun-

jab), las únicas imágenes comparables que surgían en mi mente eran Haití, Etiopía, la provincia de Katanga en Zaire y los países del Sahel como Niger y Malí. Los que no han visitado esas partes del mundo entenderán mis comparaciones sólo cuando las refiera a México. Hace un cuarto de siglo el Valle del Mezquital era, en todos los sentidos, una región bastante adelantada, en comparación con las condiciones de vida de la India rural durante los inicios de los setenta.

En los últimos quince años realicé varios viajes a la India en momentos políticamente dramáticos: durante el período de emergencia anterior a la derrota del gobierno de Indira Gandhi; después, durante el breve pero fallido experimento del gobierno del Partido Janata y, finalmente, apenas unos meses después de la muerte de Indira Gandhi, la 'Emperadora de la India', llamada así en los últimos años de su vida, tanto por sus opositores internos como por los medios de comunicación masiva de Europa y Estados Unidos.

Curiosamente, cada vez encontraba un país y una sociedad distintos, particularmente en lo que podría llamarse el clima político. Al haber conocido toda clase de sistemas políticos totalitarios, desde la Alemania nazi hasta el Chile de Pinochet, tengo que admitir que en el período de emergencia, India era un país envuelto en un profundo miedo en todos los niveles. Una breve anécdota ofrecerá una evidencia al respecto. Durante mi estancia en las Naciones Unidas, a fines de los cuarenta, hice una profunda amistad con un destacado periodista indio que un cuarto de siglo después llegaría a ser director general de uno de los más prestigiados diarios del país de circulación nacional, *The Hindu* de Madras, la gran ciudad del sur de la India, considerada con toda razón como una de las capitales intelectuales del país. En ocasión de pasar una semana en Madras con el fin de asistir a una reunión internacional, por cierto inaugurada por Indira Gandhi, fui invitado a la casa de mi amigo de antaño. Si bien cenamos solos se habló durante tres horas de todo menos del estado de emergencia. Con gran tacto mi amigo se negó a comentar estos asuntos. Ni siquiera durante las fases más agudas del conflicto entre Solidaridad y el gobierno, en los tiempos del estado de sitio en Polonia, tuve una experiencia semejante.

Durante el breve gobierno del Partido de Janata, la India era un país políticamente abierto. Sin embargo, las numerosas pláticas tenidas con los más destacados intelectuales que se regocijaban con la caída de Indira Gandhi indicaban, con toda claridad, que la coalición de Janata no tenía experiencia política alguna ni tampoco un programa semi-coherente para gobernar el país. No se necesitaba ser experto en la materia para darse cuenta que, dentro de un tiempo razonable, la derrotada y humillada ex-primer Ministro volvería al poder.

El asesinato de Indira Gandhi, ocurrido el 31 de octubre de 1984, fue seguido por el estallido de un movimiento de violencia "comunal" no sólo en Nueva Delhi y el Punjab, sino también en otras partes del país. Sin embargo, no cabía ya duda alguna respecto al futuro. Apenas cinco meses después de la muerte de su madre, Rajiv Gandhi era el sucesor de la 'Emperadora de la India, controlando la situación interna por medios políticos más que policiales. El control del país era tan seguro que en el mes de junio Rajiv Gandhi pudo emprender dos viajes de varias semanas a la URSS, Estados Unidos y Europa occidental, viajes que de ninguna manera tenían un carácter de excursiones protocolarias o visitas "de buena voluntad". Su propósito era el de confirmar la equidistante posición política y económica de la India ante las dos superpotencias.

Entre los intelectuales indios encontrados en Nueva Delhi en abril del año en curso había economistas, politólogos y sociólogos de primera línea, provenientes tanto del mundo académico como del sector público. Como lo indica la selección de los trabajos presentados en un coloquio internacional organizado bajo los auspicios del Consejo Indio de Ciencias Sociales, y reproducidos en este número de la Revista, la reunión se desarrolló en un ambiente de preocupación acerca del futuro inmediato de la economía y la sociedad, a la luz de los cambios esperados en la estrategia de desarrollo de la India y, particularmente, de la apertura de la economía hacia el exterior. Aunque no definidos expresamente en la agenda, los temas principales del encuentro fueron el futuro de la agricultura india, el estancamiento industrial, el papel del Estado en la definición de las "nuevas" estrategias de desarrollo y las experiencias al respecto de otros países semidesarrollados con

problemas semejantes, concretamente México y Brasil.

La mayoría de los participantes indios se mostró pesimista respecto a la capacidad de su país para enfrentar los problemas acumulados y a los intentos de liberalizar la economía y abrirla hacia el exterior, particularmente en momentos en los que las condiciones internacionales son bastante adversas, tanto a corto como a mediano plazo. He seguido con sumo interés las intervenciones reflexionando, a la vez, acerca de la objetividad en la visión intelectual interna de su propio país. Ante los ojos de un observador amistoso, aunque extranjero, la situación de la India no parecía tan grave como sugerían algunos de los huéspedes.

Mis reservas respecto a la objetividad de las visiones locales acerca de la realidad india se fortalecieron durante la realización de viajes por los alrededores de Nueva Delhi (Estados de Uttar Pradesh, Rajastán y Haryana). Por lo menos en esta parte central del país, que obviamente no puede ser una muestra fidedigna del estado general de la India y de su sociedad, pude constatar algunas mejorías, tal vez físicas o superficiales, en comparación con un viaje similar hecho cinco años atrás. Lo primero que me impresionó fueron las claras señales de mejoría de mantenimiento tanto en la infraestructura física (carreteras, ferrocarriles, telecomunicaciones, aeropuertos) como en las condiciones generales de vida, no solamente en la capital sino en las ciudades medianas y pequeñas y el interior rural. A este argumento, basado en observaciones muy superficiales, obviamente podría responderse con un contrargumento: en medio de un desastre político, económico y social que afecta a todo Chile, Santiago aparece como un pequeño París. Empero, también encontré al visitar algunas universidades de Nueva Delhi señales de cierto progreso. A pesar de las condiciones de suma austeridad, el nivel tanto del profesorado como de los estudiantes de posgrado es envidiable en comparación con el que caracteriza a cualquier comunidad universitaria latinoamericana. Aquí también habría un contraargumento: la población de las universidades de la India está supuestamente despolitizada, porque no le queda otra alternativa. No me sería fácil aceptar tal explicación. El volumen de los libros y revistas de ciencias sociales de reciente publicación es impresio-

nante. Siendo sus autores indios y no extranjeros es difícil encontrar en la vida intelectual y docente alguna señal de censura o autocensura. Supongo que lo mismo ocurre en el campo de las llamadas “ciencias duras”, ya que la comunidad científica india es la tercera más grande del mundo, después de la de la URSS y de la de Estados Unidos. Finalmente, tratándose de los funcionarios públicos de nivel medio, uno encuentra por todos lados gente con la preparación profesional adecuada para desempeñar sus funciones operativas. No debe olvidarse que la India cuenta con un servicio civil de gran tradición, que difícilmente se alimenta al azar con toda clase de ‘todólogos’ y que no está expuesto a la “revolución administrativa permanente”, tan conocida en latitudes latinoamericanas.

En reflexiones tan breves sería sumamente arrogante intentar la elaboración de un balance serio acerca del progreso económico y social de la India en los últimos decenios, así como de las dificultades que enfrentará en lo que queda del presente siglo. Empero, el hecho de que el país cuente con cuadros humanos en el sector público bastante bien preparados, que el sistema educativo funcione bien y que los “managers” de las empresas privadas, grandes y medianas, no carezcan de espíritu dinámico representa un activo bastante impresionante.

Lo poco que sabemos respecto al futuro cercano es que en el año 2000 la India contará con 1 000 millones de habitantes, aproximadamente. Si bien las tasas de crecimiento de la población seguirán bajando del 2.2% en 1970 y 1.8% en 1980, al 1.5% para fines de siglo, la urbanización seguirá de manera inexorable: el gobierno estima que en el año 2000 la India contará con unas 300 ciudades con una población mayor a los 100 000 habitantes (en 1980 había 185 ciudades de este tamaño) y las tres mega-ciudades Calcuta, Bombay y Nueva Delhi tendrán conjuntamente más de 30 millones de moradores, en comparación a los 11 millones de 1950. Sin embargo, para fines de siglo todavía alrededor de 70% de la población (700 millones) residirá en áreas rurales. Una tercera parte de dicha población, es decir cerca de 230 millones, vivirá en un nivel de subsistencia (dueños de minifundios menores de una hectárea) o bien por debajo de este nivel (trabajadores agrícolas sin tierras).

Correspondiendo todavía al sector agrícola la mitad del Producto Interno Bruto, es necesario recordar que en dicho sector la India ha logrado en los últimos tiempos progresos considerables. Si bien no cabe duda que la llamada "revolución verde" tuvo efectos negativos sobre la distribución del ingreso dentro del sector rural, también es cierto que, desde mediados de los setenta, la India se convirtió en un país autosuficiente en materia de alimentos, lo que explicaría tal vez la ausencia en este país de graves perturbaciones inflacionarias.

El problema de la industrialización de la India parece ser mucho más complicado. Por razones políticas, ideológicas y de seguridad nacional, la estrategia de desarrollo de la India, entre 1950 y 1980, tendía a cumplir con una serie de objetivos cuasi-autárquicos: la substitución de importaciones (tanto en el sector agrícola como en el industrial), el uso intensivo de capital, la nacionalización de las actividades económicamente estratégicas y fuertes restricciones a la inversión extranjera. Además, el "modelo indio" se distinguió de otros modelos de desarrollo, llevados a cabo en países de economías centralmente planificadas como en los capitalistas subdesarrollados, por haber intentado, al mismo tiempo, la industrialización del país desde arriba hacia abajo, así como en su sentido inverso.

De esta manera la India cuenta hoy, por un lado, con un conjunto de industrias pesadas y, por otro, con una gama muy amplia de industrias de bienes de consumo final. Al sector industrial corresponde el 26% del PNB (22% en 1965) y al de las manufacturas *sensu stricto* el 15 por ciento.

Sin embargo, la desaceleración del crecimiento del sector industrial en su conjunto, que durante los años setenta se transformó en estancamiento, es un hecho reconocido tanto por los planificadores estatales como por los industriales del sector privado. En este estancamiento parecen jugar un papel primordial cuatro factores de distinta índole: 1) el crecimiento lento de los ingresos agrícolas y su impacto limitativo sobre la demanda de las manufacturas; 2) la desaceleración del gasto público después de mediados de los sesenta y su impacto particularmente serio en la inversión en la infraestructura; 3) el manejo ineficaz de las distintas partes de la infraestructura física (electricidad y medios de transporte entre otros) que resultó

en severas restricciones en toda la industria y 4) el marco general de la política industrial, incluyendo las políticas industriales y comerciales internas que dieron como resultado la aparición de una estructura industrial de altos costos y de baja productividad. Consecuentemente, la economía india sigue siendo una de las menos abiertas en el mundo: sus exportaciones de bienes y servicios representan el 6% del PNB.

Todas las dificultades arriba mencionadas se vieron reforzadas por la burocratización de las etapas operativas de la política económica y por la corrupción en todos los niveles. Nada menos que Gunnar Myrdal, a quien difícilmente puede tildarse de ser un entusiasta de “una economía libre”, observó en *Asian Drama*, refiriéndose a la India, que “un cuerpo corrupto de administradores y políticos siempre tendrá interés en preservar y fortalecer controles discrecionales que les ofrecen la oportunidad de enriquecimiento rápido e ilícito”. Sería completamente ingenuo imaginar que solamente los políticos y los servidores públicos se benefician de los controles, mientras los hombres de negocios se convierten en sus víctimas. Por el contrario, al igual que lo que sucede en nuestras latitudes, numerosos industriales y prácticamente todos los comerciantes de la India obtienen beneficios sustanciales con la llamada “contrapartida negra” de una economía sometida a toda clase de controles. Esto es particularmente cierto en una economía que tiene un sistema fiscal sumamente severo y, a ciertos niveles de ingreso, casi confiscatorio.

Para los intelectuales izquierdizantes de la India de 1985, el actual Primer Ministro, miembro de la ‘dinastía Nehru-Gandhi’, representa la esencia de todo lo malo heredado de los tiempos de Indira Gandhi. Al igual que el Partido Janata en 1980, estos intelectuales no solamente carecen de un proyecto político y económico propio y coherente a nivel nacional, sino que repiten con voces frustradas que “el socialismo con equidad” ha sido traicionado a lo largo del período posterior a la Independencia y que las cosas van de mal en peor. Adoptar tal actitud pesimista apenas a unos meses de la inauguración del nuevo Gobierno parece representar, por lo menos para un observador extranjero, una posición bastante exagerada. No menos exagerado es tildar a Rajiv Gandhi como

una especie de traidor ideológico de la patria por sus intentos, supuestamente tecnocráticos, de aliviar en la medida de lo posible la carga de problemas, entre ellos los económicos, acumulados durante los cuatro decenios de la Independencia y, algunos otros, heredados del largo período colonial.

Dentro de un tiempo muy breve, el nuevo Primer Ministro logró disminuir las tensiones externas con Sri Lanka y Bangladesh; llegó a un arreglo pacífico con la mayoría de los líderes del movimiento de los sikhs en Punjab; promovió una serie de reformas económicas y administrativas cuyo propósito era el de sacar al país de su relativo estancamiento directamente ligado con la sobreburocratización del gobierno central, de los gobiernos estatales y del sector paraestatal, caracterizados, todos ellos, por el marasmo operativo y la corrupción; finalmente, consiguió reafirmar la posición internacional de la India frente a las dos superpotencias. Difícilmente pudo haber hecho mucho más ya que no existen —o por lo menos nadie conoce— las “fórmulas mágicas” para erradicar instantáneamente la pobreza en el país, establecer el verdadero socialismo con equidad, etc., etc. Tanto en la India como en muchos otros países subdesarrollados, pero con un desarrollo mayor que el de aquel país, es muy fácil predicar la necesidad de poner en marcha profundos cambios estructurales. En la mayoría de los casos, incluyendo en nuestras latitudes, el tema del cambio estructural se traduce con frecuencia en la “nueva ola” de la retórica o en la contrarretórica, según el caso.

Los problemas que enfrenta la India son graves, sin duda alguna. Empero, lo son también los problemas del resto del Tercer Mundo. Su gravedad surge del hecho de que son a la vez de orden interno y externo. Al contrario de lo que supone la sapiencia convencional, se ven complicados y no aliviados por el proceso de desarrollo, por desigual y exiguo que éste sea. El reciente y violento conflicto entre el gobierno central de la India y los sikhs de Punjab ofrece una evidencia convincente al respecto. A diferencia de las versiones propaladas en muchas partes, dicho conflicto no fue una “rebelión de los colgados”, sino el levantamiento de una parte de la sociedad india que logró, después de la Independencia, niveles de desarrollo y bienestar desconocidos en la mayor parte del país, de-

bido a un conjunto de ventajas técnicas, sociales y hasta de orden cultural y antropológico.

A principios de los ochenta, tres cuartas partes de las tierras bajo cultivo en Punjab han tenido acceso a la irrigación; no ha habido una sola aldea desprovista de electricidad; el Estado ha sido cubierto por una impresionante red de cooperativas de crédito rural; servicios de extensión agrícola, apoyados en la mejor universidad agrícola del país, ubicada en Ludhiana, cubrían todo el interior del Estado; más del 80% de las tierras bajo cultivo eran propiedad de los agricultores; el mercado de productos agrícolas carecía de los intermediarios parásitos, y el desarrollo industrial progresaba a un ritmo mayor que en otras partes de la India.

Toda esta información no proviene del Gobierno Central de Nueva Delhi, sino del gobierno estatal del Punjab manejado por los *civil servants*, en su mayoría los sikhs. Más aún, el Punjab de la India es completamente distinto al Punjab paquistaní, en términos del nivel de desarrollo económico, estructura social y nivel de bienestar. El intento de explicar el nacionalismo mezclado con religión de las mayorías sikhs en el Punjab y en otras partes, situadas detrás en el conflicto, como resultado de la explotación de la periferia por el centro no tiene sentido. Por otra parte, no cabe duda alguna que la hoy difunta 'Emperadora de la India' cometió errores imperdonables en el manejo del conflicto que, por la carencia de un vocabulario socio-político más adecuado, ha sido identificado como un conflicto "comunal".

Con estas breves y tal vez controvertidas notas sobre uno de los más violentos conflictos internos ocurridos en la India después de su división a fines de los cuarenta, cabe terminar estas reflexiones que empezaron con la aseveración de que la India es más que un país, una sociedad o un Estado, un mundo tanto en términos históricos como socio-culturales y políticos. Ojalá que a pesar de sus dificultades no se llegue, en aquel país, a una "balcanización" que afectaría negativamente no sólo a su sociedad, sino también al frágil equilibrio político y estratégico del continente asiático y, a la postre, al de todo el planeta. Esto equivaldría a un verdadero *Asian Drama*.

Bibliografía

- ADISESHIAH, Malcolm, *Seventh Plan Perspectives*, Lancer International, New Delhi, 1985.
- AHLUWALIA, Isher Judge, *Industrial Growth in India-Stagnation since the Mid Sixties*, Oxford University Press, Delhi, 1985.
- ELLIOTT, John *et al*, "Rajiv's India", Special Supplement, *The Financial Times*, London, June 3, 1985.
- MAHAJAN, V.S., *Indian Economy and Regional Development*, Deep & Deep Publications, New Delhi, 1982.
- MYRDAL, Gunnar, *Asian Drama: An Inquiry into the Poverty of Nations*, 3 vol. New York, 1968.
- PENNANT-Rea Rupert, "India-Treadmill or take-off? Survey", *The Economist*, London, March 28, 1981.
- RAYCHANDHURI, Tapan, Irian Habib y Dharma Kumar, *The Cambridge Economic History of India*, Orient Longman and Cambridge University Press, 2 vol., New Delhi, 1982.
- WIONCZEK, Miguel S., "El primer plan quinquenal de la India", *El Trimestre Económico*, México, vol. XXII, núm. 85, enero-marzo de 1955.